

LA PRENSA NAVAL DEL 98. ASPECTOS DE UNA INFLUENCIA

Belén FERNÁNDEZ FUENTES
Instituto de Historia y Cultura Naval

No quisiera comenzar esta comunicación sin agradecer mi presencia en San Fernando. Aquí y en este mismo lugar empecé a trabajar para el Instituto de Historia y Cultura Naval, en aquel momento revisando las luces y sombras de aquel siglo XVIII en aquella recién nacida prensa española cuyo tema más habitual era el mar. Ahora para dilucidar si esa misma prensa, y más madura, tuvo la responsabilidad de las oscuras sombras del final del siglo siguiente; y si esa otra prensa casi recién nacida que era la naval y la militar arrojó alguna luz para completar el cuadro.

Quiero agradecer, desde aquí, a todos los que me han proporcionado información sobre el tema, en especial a José María Cano Trigo que me envía habitualmente noticias muy de primera mano.

En la conferencia de ayer, ya Alicia Castellanos hizo una aproximación a lo que voy a comentar, tal vez con distintos puntos de vista referentes al mismo o muy parecido tema, aunque sí es verdad que lo de Cuba y lo de Filipinas fueron dos historias distintas con las suficientes similitudes como para confundirlas en ocasiones. De todos modos, quisiera dar desde aquí mi opinión sobre lo que la prensa representa y representó.

No me canso de decir que la habitual lectura de la prensa diaria lleva a pensar en lo que supone la visión de la historia en el mismo momento en que ésta se produce ¿qué pensarán los historiadores del siglo XXII al revisar los acontecimientos a través de los diversos medios de comunicación? Tal vez, como nosotros, se pregunten qué era lo que realmente estaba sucediendo... Es sabido que la visión de un mismo titular, de un mismo artículo varía según el lector en el momento de los hechos; cabe entonces preguntarse por la objetividad del historiador al realizar la misma operación y creo que la objetividad reside en la comparación de los diversos puntos de vista.

Cuando hace unos años me empecé a interesar por la reacción de la prensa ante el desastre del 98, pensé que la mejor y más completa fuente de información sería la llamada prensa civil o política. De hecho, revisando el material para esta comunicación, encontré unos apuntes donde analizaba –algo asombrada, he de confesarlo– la escasa o nula aparición de soluciones frente a la cantidad de quejas y castigos vertida por una prensa que había alentado meses antes el conflicto con una frivolidad tremenda en la mayoría de los casos. Este hecho me pareció entonces bastante normal, dado que la reacción ante unos acontecimientos históricos tan recientes podía ser lógica

debida a un estar demasiado metido en la situación que no permitía la perspectiva histórica.

Ahora bien, si este hecho es posible, pasado el tiempo y profundizando más en el tema, descubrí que existía la otra cara de la moneda. Una prensa especializada, consciente y consecuente que sí tenía y era curioso, esa perspectiva histórica; esto se explicaba porque desde mediados del XIX surgió en la Marina española y en general, en el mundo militar español, la necesidad de crear órganos de difusión de sus intereses, realizados y encaminados por y para un público especializado; pero que pasando el tiempo llegarían a todo el que quisiera conocer mejor la historia y posibilidades de una Marina en franca decadencia.

La lectura de este tipo de prensa –siempre escasa y breve por la falta de medios, pero alentada por un espíritu de lucha que llega a nuestros días– me hizo dar con el «quid» de la cuestión: no hay mejor ciego que el que no quiere ver. En general y en honor a la verdad hay que decir que las primeras revistas navales: *España Marítima* (1839), *El Fanal* (1842), etc., se centraban sobre todo en la historia naval de España, éxitos y derrotas incluidos, analizando los hechos muy someramente y sin grandes discursos de análisis o propuestas de solución.

Más sorprendente sería la *Crónica Naval de España* que, dirigida por Lasso de la Vega, parece una profecía desde la primera hasta la última página. Desde el año 1855 en que nace la revista, la historia de España será revisada con una crítica positiva y con una intención de análisis de los acontecimientos digna de encomio. Lasso ve ya, desde mitad del siglo y desde las páginas de la *Crónica*, la decadencia de la Armada, aún no sabe cómo ni cuándo ni dónde va a darse; pero avisa y propone soluciones. Las siguientes líneas son una muestra que, sacada de contexto, ¿no podría pertenecer a una publicación del año 98?:

«Entonces el Gobierno de una nación marítima, que por serlo, y por el denuedo y pericia náutica de sus hijos, fue rica, poderosa, respetada y señora de dos mundos, vio en su impotencia consumarse la insurrección de sus Américas, saqueadas impunemente sus naves mercantes, ultrajado el pabellón de Castilla por los insurgentes, a la vista y bajo el tiro de las fortalezas de la metrópoli; y queriendo tomar venganza de tanta deslealtad y desacato y recuperar sus antiguos dominios, observando yermos sus puertos y arsenales, volvió los ojos al extranjero y «compró una escuadra». [...] Poco después de este suceso, y bajo el dominio de aquellas ideas, cayeron en descrédito los libros: tóvose en poco el saber, se abolió el colegio de guardiamarinas, y el antiguo y benemérito cuerpo militar de ingenieros de la Armada fue suprimido como una carga inútil y embarazosa. Resintióse el servicio y la disciplina a bordo de los bajeles del Estado; y la construcción naval, privada de la luz y auxilios de las ciencias que la nutren y sostienen, fue abandonada a una práctica ciega y rutinera, o al empirismo de los especuladores. ¡Ojalá que aquellos errores, que los resultados de tan fatales ensayos y tentativas sirvan de útiles lecciones, y que nuevas y deslumbradoras teorías no vengan a malograr la comenzada restauración de nuestra Marina!».

Me gustaría poder profundizar en este tema de la naciente prensa naval en este preciso momento, pero no quisiera que la falta de tiempo deje otras cuestiones sin

tratar, me van a perdonar, por tanto, que de un pequeño salto en la historia para pasar directamente al año 98, que es el que nos ocupa.

Ante los tremendos acontecimientos del año 1898, la reacción española fue dura en lo que a opinión se refiere. Ahora bien, ¿cómo comenzaron viviéndose éstos en España y cómo transcurrieron durante el conflicto? Se pretende, con estas líneas, proporcionar al lector una idea del peso que tuvo la prensa en los acontecimientos y, viceversa, de cómo pudo influir el periodismo en el ánimo de la España del noventa y ocho y de cuál sería la reacción inmediata de esa prensa (civil y militar) durante el tiempo inmediatamente anterior y coetáneo.

La prensa, la civil, sin duda alguna, proporciona una serie de datos historiográficos muy valiosos por sí mismos y que han sido utilizados por los historiadores actuales con gran profusión. Los datos, por tanto, no se ponen en tela de juicio, puesto que sirven para una labor cronológica de gran importancia para la historia. Pero, ¿qué decir de las opiniones? Parece que se ha dado a la prensa civil una fuerza que tal vez no tuviera, se ha exagerado la influencia de la opinión sobre los hechos en sí. En un estudio detenido sobre los más importantes periódicos civiles del momento *Época*, *El Herald*, *El Globo*, *El Imparcial*, *Blanco y Negro*, se observa un triunfalismo no exento de ingenuidad. Dicho estudio detallado lo dejaremos para otra ocasión debido a su amplitud, valga de momento este esbozo somerísimo. Se tocará *Blanco y Negro* como blasón de aquella prensa y porque fue el menos político de entre ellos, lo cual lo centra más en opinión y tertulia. Los titulares «cantan», el enemigo americano se caricaturiza y es observado con un cierto «complejo de superioridad», animando a España, a la Marina española a luchar contra él sin pararse a pensar en el escaso y mal pertrechado contingente con el que cuenta. El editor o el articulista minimizan continuamente el poderío naval y humano de los Estados Unidos y exageran el agradecimiento debido a España por parte de Cuba (la cuestión filipina merece ser estudiada aparte en este sentido), así como el ascendiente de la Metrópoli respecto a la Colonia (ascendiente, por otra parte, basado fundamentalmente en una pseudoespiritualidad más que en cuestiones puramente económicas o sociales). En este sentido, la prensa olvida la primera verdad histórica: los acontecimientos no se dan aislados, son consecuencia unos de otros, y con ella olvida también el aviso de tantos marinos que pasaron y estudiaron las colonias, llamando la atención sobre el peligro de que un día no lejano quisieran independizarse, recuérdense en este sentido las *Noticias Secretas* de Juan de Ulloa o los *Axiomas* de Malaspina.

Estos artículos de opinión se suceden prácticamente desde la «guerra chica», pero no toman más fuerza en los años cercanos al noventa y ocho (aproximadamente los dos años anteriores dedican todo su esfuerzo a la reflexión sobre el poderío de España, siempre, salvo honrosas excepciones, con demasiado optimismo dados los resultados). Es necesario pensar, en este sentido, que el periodismo civil, al contrario que el naval o militar como ya se verá, va dirigido más a la tertulia que a la profesión, digamos que no se encuentra en la obligación de expresar la dureza de la situación, sino más bien de proporcionar una línea de opinión; en pocas palabras, algo de qué hablar. Esta tarea, por tanto, la cumple sobradamente... pero ¿fue determinante la opi-

nión de la prensa civil? Evidentemente no parece que el Gobierno ni la Marina —de los que no se puede dudar en una cuestión de conocimiento real de la situación fueran a dejarse influir por una opinión triunfalista que iba tomando cada vez más y más fuerza; esto lo demuestra una simple ojeada por la prensa más «profesional», de la que se hablará más adelante. Bastaría superponer las fotografías de los barcos que aparecen en las dos prensas con sus correspondientes pies de fotografía.

Como simple ilustración sobre lo expuesto, valgan como ejemplos algunas de las palabras aparecidas en *Blanco y Negro* durante el año 98 y tras la noticia del hundimiento del *Maine*. Dichas palabras son suficientemente elocuentes en lo que se refiere a la falta de conocimiento (real o «necesario») que el periodista civil poseía sobre la verdadera potencialidad de la Marina española. Efectivamente, junto con las famosísimas caricaturas o chistes, junto con las conocidísimas poesías referentes a la escasa capacidad norteamericana, aparecieron artículos (de opinión o no) de un tinte exageradamente triunfalista. Transcribimos algunos de ellos:

En el mes de marzo de 1898, y en la sección de «Actualidades» de dicha revista, aparece un artículo titulado «La escuadrilla», que se refiere en los siguientes términos a la salida de Cádiz de los barcos enviados a Cuba:

«Rompió la marcha el trasatlántico *Ciudad de Cádiz*, a cuyo bordo iba el comandante de la escuadrilla D. Fernando Villaamil, yendo los torpederos a la derecha y los destroyers a la izquierda del trasatlántico.

«Estos barcos de poco calado, de mucho andar y de *considerable fuerza* ofensiva, se destinan por ahora a vigilar las costas de Cuba (...).

«Más adelante, si por necesidad y para *segura gloria de nuestros marinos* rompiéranse las hostilidades los destroyers y torpederos que hoy navegan con rumbo a *Cuba causarán daños incalculables en las escuadras enemigas*».

Si estas palabras no resultan suficientemente elocuentes sobre la deformada visión que la prensa civil poseía del contingente naval español, leamos estas otras referentes al análisis de la actuación norteamericana en costas de Cuba en el momento delicadísimo inmediatamente anterior a la declaración de la guerra:

«Los yankees, demostrando no una prudente previsión sino un miedo injustificado han sembrado de torpedos la entrada de sus bahías...».

La revista reconoce, eso sí, que:

«El centro de donde pudieran salir las noticias sobre los movimientos de nuestros barcos está cerrado a piedra y todo para esta información».

Lo cual demuestra la ignorancia del periodista y el silencio de las instituciones; pero sólo, subrayémoslo, en lo que a movimientos se refiere, la situación del contingente naval, nos parece, era suficientemente conocida por España entera.

Blanco y Negro se caracterizó por sus grabados e ilustraciones durante y después del conflicto. Entre esos grabados e ilustraciones destacan, ¡cómo no!, los que hacían referencia explícita a la baja formación naval del enemigo en cuestión. Como ejemplo tomemos el comentario a uno de ellos:

«Esta falta de empaque bélico, de costumbres militares, es la desventaja capital de esta poderosa nación, que a pesar de sus cuantiosos medios materiales está llamada a hacer la triste figura en la próxima guerra, porque sus soldados son milicianos, sus marinos gente de paz y sus generales hombres de negocios».

Tras el triunfalismo del redactor o del editor civil vendrán a través de la prensa las lamentaciones, el sentimiento de que, una vez consumados los hechos y hundida la Marina, la opinión de la calle se había equivocado. Esto producirá en la opinión, y se reflejará en titulares y artículos, una reacción de estudio que se concretará en gran cantidad de escritos analizando la Marina anterior al conflicto y la desilusión por haber perdido esos restos de poderío que le quedaban a España.

Efectivamente, una vez producido el desastre con todas sus consecuencias, la prensa se debate contra la realidad, y podemos encontrar comentarios como el siguiente que reflejan, con toda seguridad, su ingenuidad:

«Es más que probable que la traición de algunos indígenas haya jugado papel principal en el desastre. Sabido es que en el Arsenal de Cavite hay muchos mestizos, y éstos, así como los filibusteros hipócritas, sabrían seguramente dónde amarraban los cables de los torpederos que defendían la entrada de la bahía». Posiblemente la cosa no era descabellada, pero parece más bien una disculpa ingenua.

Poco a poco la decepción va haciendo presa en dibujos, caricaturas y artículos de fondo, algunos de ellos realmente pesimistas, como el titulado «La hora del café», en el que aparecen dos españoles tertulianos dando un fiel reflejo de lo que la prensa civil había conseguido al jugarse en un café los territorios cubanos con azucarillos; los personajes son los españolísimos «don Pésimo» y «don Óptimo». Otro ejemplo, «Chispas de la guerra», una poesía que seguía alentando a la Marina mientras se estaba produciendo el desastre y que a medida que avanzaba en versos lo hacía en pesimismo. Así, cada vez peor, hasta que la risa y la caricatura desaparecen para dar paso a la decepción y la tragedia, acabando ya en artículos de análisis como «la Marina de ayer».

No es negativo este hecho, puesto que el análisis influirá en cierto modo en el resurgir de la Armada. Sin embargo, y junto a esto, se encuentran los derrotistas —aún hoy continúan— que consideran al Ejército culpable de lo ocurrido, dando lugar así a una corriente de opinión fortísima en contra de las instituciones (sobre todo militares) que será salvada con mucho trabajo y poco ruido por las propias instituciones durante la época del regeneracionismo (piénsese en el Certamen Naval de Almería, hecho de una importancia tremenda en este sentido y que concluyó con la creación de la Liga Marítima; sólo la lectura de los títulos a concurso da una idea bastante clara de la necesidad de estudiar, criticar y levantar una Marina tan sumamente maltrecha como la española).

Por fortuna, junto a esta prensa civil, exageradamente idealista y poco enterada de la situación real de la Marina (en algunos casos por ignorancia y en los más por la llamada «política de avestruz») aparece la posición sumamente equilibrada de la prensa naval, reflejada fundamentalmente por tres publicaciones de muy distinta índole: la *Revista General de Marina* (dirigida a los profesionales), el *Mundo Naval Ilustrado* (de tipo más humanístico) y *Vida Marítima* (que aunque nació pasados los acontecimientos tuvo mucho que decir de ellos).

La *Revista General de Marina* comienza su andadura en una década poco agradable para España y poco propicia para la Marina española, no sólo debido a los golpes militares, sino también a la situación de Ultramar. Daba la impresión de que la Restauración—comenzada en el año 1875 con la llegada de un joven y apuesto Rey—lo iba a solucionar todo, incluso la diferencia tremenda entre España y el resto de Europa; pero, en palabras de José María de Areilza, «La Restauración no era una fórmula mágica para curar los males de España, en muchos de los cuales la Marina no era ajena». Lo que sí es cierto es que España recibiría con alivio este momento histórico. Se hicieron las paces con Cuba tras la «guerra dicha», acabaron las guerras carlistas y parece haber vuelto la tranquilidad. Sin embargo, el momento es delicado y esto se irá demostrando conforme vayan sucediéndose los acontecimientos. Por la *Revista General de Marina* se suceden proyectos, propósitos e ideas de los que vivieron aquellos momentos de mayor tensión, pero también aparecen nuevas plumas que airean sus modos de pensar a través de un órgano creado específicamente para servir al Cuerpo al que ellos mismo sirven.

España, según muchos historiadores, en aquel momento se encontraba encerrada en sí misma, no así la *Revista*, tal vez por esa visión del marino de romper fronteras; un marino encerrado en un país (y más en aquel momento histórico) debe sentir la necesidad y la obligación de mirar más allá de sus propias fronteras. Así lo hacen los colaboradores de la *Revista*, en su mayoría marinos, comentando con amplitud esa situación política sumamente quebradiza y dura para la Marina, pero mirando hacia otras naciones y estudiando los hechos más allá de las fronteras (en ocasiones hechos, en otros avances...). Esta situación, con toda probabilidad suplirá la falta de política naval que era exigida por el momento histórico: pocas fueron las leyes navales que se sancionaron en los primeros años de vida de la *Revista*; sin embargo, muchos fueron los artículos analizando y considerando la política naval española y su situación, con una profundidad que parecía profética dadas las circunstancias posteriores. En este sentido no queda más que remitirse a los primeros números de la publicación, en los que la observación de las Marinas extranjeras tuvo un peso muy considerable.

Dice Rafael Estrada en la *Revista* en el año 1927, al celebrar el aniversario, que el primer número de la misma proporciona una amplia idea del progreso marítimo mundial de aquellos momentos, y esto es debido a la importancia de la Exposición de Filadelfia, celebrada por aquellas fechas y en la que España no intervendría, pero sí un enviado de la *Revista* que relataba paso a paso lo que iba viendo, y lo que resultaba evidente—he aquí la diferencia con la prensa civil, que cerró los

ojos a este hecho— era el crecimiento del poder naval estadounidense, en un primer momento descrito con poco halago; pero más tarde se permite que el lector descubra cómo éste crecerá poco a poco y de modo constante con el paso del tiempo, todo ello gracias a una buena política económica y naval, a cuyo desarrollo también puede asistirse a lo largo de la publicación que ocupa estas líneas en estos años anteriores al desastre.

Éstos son los preliminares al noventa y ocho en la visión de la prensa naval. Es fácilmente observable la distinta tendencia —porque diversas eran las intenciones— de las dos prensas; una obsesionada por la opinión, la obra por los hechos en sí. ¿Cuál influiría en el político o en el marino?, probablemente la más seria, lo que demuestra que los acontecimientos eran imparables y no consecuencia de una campaña de opinión. Ahora bien, en la *Revista General de Marina* no aparecerán discusiones repetidas e interminables; es más, durante el conflicto propiamente dicho no se hablará prácticamente de la situación, silencio que resulta extraño en un primer momento, pero que demuestra la seriedad del hecho en sí. Asombra que durante el año del conflicto la publicación se limite a facilitar unos escasísimos parte de guerra —los imprescindibles— pero no aparezca una palabra acerca de la situación naval, ni de los hombres, ni de los barcos. Hay quien supone que este hecho significaba que la Marina pretendía esconder la cabeza bajo el ala y no opinar al respecto. Algún medio de comunicación actual ha querido ver en esto una Marina que escondía su responsabilidad. Tal vez sería necesario hacer el planteamiento de un modo distinto: posiblemente la Marina no hablara, pero por una cuestión sencilla: no había que decir nada porque los acontecimientos —ampliamente difundidos por la prensa civil— eran suficientemente elocuentes y la *Revista General de Marina* había ya cumplido con su obligación de «avisar», observando la problemática ya histórica del sesenta y ocho, el crecimiento naval de los Estados Unidos, la situación precaria en que se encontraba la Marina española, así como otras muchas advertencias que podían leerse entre líneas en la publicación. Algún columnista de aquella prensa civil que tanto miró los hechos y comentó sobre ellos se plantearía, pasado el conflicto y vistas las consecuencias, quién tuvo más responsabilidad en los hechos, si una Marina mal dotada, no por su culpa sino por la política de «descuido»; o la prensa, que tanto había «engañado» a la nación dándole la impresión de ser una gran potencia mientras se despreciaba olímpicamente el potencial americano y su capacidad. El columnista no se paraba a pensar si la culpa la tendría tal vez el «supla V. E. con celo»; esto lo sabían los colaboradores y escritores de la *Revista*, todos ellos magníficos pensadores, estupendos estrategas y ¿por qué no decirlo? fabulosos patriotas, pero también sabían que el fin de la publicación en la que intervenían no era ir en contra de tendencias políticas, sino ofrecer a la Marina un órgano de difusión de sus intereses, alentar al marino profesional a través de artículos de importancia histórica, científica y técnica. Por ello no se habló directamente en la publicación del conflicto del noventa y ocho; sí del poderío extranjero, también de la situación naval... y más tarde, pasado los ánimos, se observó el conflicto desde el punto de vista histórico, con rigor, con toda tranquilidad. Por ello, ante la falta de «noticia

fresca» en la *Revista*, ante el desasosiego que puede provocar la búsqueda infructuosa de comentarios, opiniones, etcétera, nace la tranquilidad de tener ante sí una publicación rigurosamente técnica y científica que se basó en los hechos, no entrando en disquisiciones que no conducían a ninguna parte. Pasada la crisis. La *Revista* hablará de ella. En un primer momento continúa el silencio, los protagonistas de la guerra intervienen con artículos de tema administrativo o científico, no se cuenta la experiencia vivida (hasta tal punto debió ser tremenda), aunque sí se «utiliza» para presentar lecciones de estrategia y de mejora del contingente naval. Más avanzado el siglo XX se conmemora la situación y se proporciona un amplio estudio de los porqués y análisis de los cómo, a diferencia de la otra prensa; por tanto, prima la capacidad de análisis sobre el pesimismo o la desilusión, lo cual resulta muy elocuente en cuanto a la efectividad de dos posturas tan contrastadas.

Pero se ha comentado más arriba que no sólo existía en el momento del conflicto la *Revista General de Marina*; ya en sus últimos años se encontraba el *Mundo Naval Ilustrado*, revista de divulgación naval dirigida por Novo y Colson, gran estudioso de la Marina y personaje de una fuerza y rigor inusitados en el siglo XIX. *El Mundo Naval Ilustrado* vivirá el conflicto con seriedad, frente a la otra prensa no militar; proporcionará noticias, cubriendo el hueco de información inmediata que deja la *Revista General de Marina* (cuyo fin, como se ha visto y es sabido, no era la noticia en sí) y luchará desde sus páginas contra la otra prensa proporcionando opinión profesional (siempre firmada por marinos). *El Mundo Naval Ilustrado* no ofrecerá grandes temas de discusión porque en sus páginas la situación aparece diáfana desde un primer momento; sin embargo, analizará ampliamente la historia naval anterior al conflicto proporcionando así temas de reflexión. Frente a la otra prensa, sustituirá las caricaturas por fotografías o ilustraciones de mejor gusto y mayor seriedad y se convertirá, con todo ello, en el órgano «civil» que con mayor seriedad trate el conflicto.

Entre otras secciones *El Mundo Naval Ilustrado* cuenta con una serie de artículos titulada «Nuestros buques de combate», otra que promueve «La Marina mercante auxiliar de la de guerra» o una que estudia sin engaño «Los acorazados de los Estados Unidos». Pero eso no es todo: *El Mundo Naval Ilustrado* realizará su propia «guerra» luchando con la prensa más frívola; así, replicará *El Imparcial* cuando éste se burle de los presupuestos que propone para restaurar la Marina española, en un artículo titulado «La prensa y la Marina»:

«*El Imparcial* continuará, si gusta, diciéndole al país que las cifras que solicitamos para las reformas de la administración y barcos para los huecos de nuestra Escuadra son disparatadas y caprichosas, pero jamás podrá demostrárselo».

Quizá fue demasiado lejos cuando preconizaba el fomento de la Marina, siempre de guerra, quizá para los tiempos actuales demasiado belicista, pero el tiempo en que vivió le daría la razón. En el artículo de principios de año (1898 siempre) titulado «Fomento de la Marina» dirá:

«Construid buques de guerra para que no haya guerra, seguros de que todo cuanto se gaste en el fomento y sostenimiento de nuestro poder naval resultará al fin un verdadero ahorro de sangre y dinero para el país».

En mayo del 97, ya Eliseo Sanchiz Basadre había escrito en *Época* la necesidad de fomentar la Marina dadas las complicaciones en Cuba, lo cual es un claro ejemplo de cuando un entendido entraba en materia en la prensa civil, lo hacía con conocimiento de causa.

Novo no tuvo inconveniente en introducir en *El Mundo Naval* parte de aquel artículo, como no lo tuvo más tarde en realizar un análisis de lo sucedido, bien distinto del que realizara *Blanco y Negro* y ha sido transcrito anteriormente:

«La insurrección nos sorprenderá desprovistos, con un ejército colonial reducido e insuficiente y con las costas de Cuba mal guardadas por unos cañoneros en pésimo estado y dos o tres cruceros de tercera clase, de poca fuerza y no buenas condiciones».

Tras el desastre, escribía Luis Pérez de Vargas, teniente de navío de 1ª clase, un artículo titulado «La opinión y la Marina» que no tiene desperdicio:

«... algunos de los que más hablaron y aplaudieron piden hoy con arrogancia responsabilidades a los que fueron víctimas de aquellas exigencias: porque ellos, irguiéndose como jueces en empeños de honra, han sido, en parte, los promovedores de la infausta contienda; porque ellos, oficiando ayer de maestros universales, pretenden hoy rehabilitar sus cátedras, caídas en el ridículo, y seguir aleccionando y dirigiendo a quienes empujaron hacia un sacrificio espantoso; porque ellos mismos formaron, al hacer el análisis de nuestra constitución social creyeron hallar en todos una serenidad anunciadora de fecundísimos sucesos, una virtud capaz de ejercer a distancia el daño; una facultad misteriosa pero efectiva para desarrollar indomables energías; sólo dejaron de ver que era ya tarde para volver a Filipinas, con otras nuevas, las fuerzas que de allí vinieron; no miraron a nuestros arsenales, parados casi y desiertos, a nuestros barcos diseminados pidiendo reparaciones precisas; no observaron que ni en Cuba ni en Filipinas teníamos cañones poderosos que oponer a los americanos y que era imposible fabricarlos o adquirirlos entonces, no midieron en suma, nuestras fuerzas ni las de nuestros enemigos, ni supieron, con alardear tanto de su ciencia, perpetrarse del verdadero estado del espíritu público que había de caer a la primera contrariedad para entregarse a los enconos de la impotencia, nacida del engaño funesto en que vivieran».

Desgraciadamente, *El Mundo naval*, no tuvo tiempo de tratar más a fondo las consecuencias del conflicto al anexionarse a la *Revista de Navegación y Comercio*, sin embargo, esta carencia se suplirá a través del órgano de la Liga Marítima, *Vida Marítima*, que defenderá los intereses navales españoles y que, como se podrá observar ahora mismo, sacará consecuencias y soluciones a la luz pública.

Vida Marítima no vivió, por expresarle de algún modo, el conflicto en toda su crudeza; sin embargo es fruto del regeneracionismo español y del Certamen Naval de Almería, encaminados ambos, como ya se sabe, a que España se recuperase del malestar producido por la pérdida de las últimas posesiones de Ultramar. En cuanto al Certamen, sería necesario escribir páginas sobre él y sobre su condición, consecuencia de una España maltrecha por la reciente guerra: baste decir aquí que demostró sobradamente la profesionalidad de los defensores de la Marina que, olvidando la lamentación estéril, se volcaron en la proposición de muy diversos y amplios modos de mejorar la situación. Estos trabajos, así como las diversas reuniones que se llevaron a cabo durante el Certamen, hicieron nacer la Liga Marítima y se reflejan con una nitidez absoluta en las opiniones vertidas por una revista más dedicada a la Marina mercante que a la de guerra. *Vida Marítima* y sus redactores serán conscientes de que para levantar la Marina española existen dos vías necesarias: la educación del marino profesional y la atención a la Marina mercante. Aunque pueda parecer que ninguna de estas dos vías está conectada con los recientes acontecimientos en Cuba, basta leer alguno de los artículos de opinión de la publicación para darse cuenta de que ha seguido y analizado muy de cerca acontecimientos y personajes. Para la recuperación de la Marina se aconseja volcarse en la mercante, de modo que el beneficio proporcionado por ésta favorezca también a la de guerra. Y aquí un solo dato curioso en lo que al conocimiento de la historia reflejan sus directores y redactores: una de las primeras soluciones que propone la publicación es el uso de navíos de guerra para comercio—recuérdese la Real Compañía de Filipinas y su acuerdo con la Corona en el siglo XVIII— con el Ultramar, considerando que a pesar de haber perdido las Colonias puede ser salvado el comercio con éstas, beneficiándose en cierto modo España de la situación desastrosa.

Antes de acabar me gustaría repasar algunas líneas de la *Revista General de Marina* y dejar que sean ustedes quienes juzguen por sí mismos:

Para empezar vamos a ver lo que Adolfo de Navarrete opinaba en octubre del 98 acerca de la prensa en general y el conflicto:

«Cuanto más se lee lo que en la mayoría de la prensa periódica se escribe sobre Marina, más se evidencia la falta de base técnica, la ligereza de juicio y la parcialidad de casi todos los que del asunto suelen ocuparse, ora propalando noticias inexactas, ora haciendo críticas indoctas o apasionadas».

Siendo esto una verdad, no se queda ahí Navarrete y ataca duramente la corriente existente en España contra las instituciones:

«[...] se publican, por ejemplo, reformas tan radicales como la de suprimir el Ministerio de Marina para formar con él una sección más del de la Guerra, cual medida salvadora y panacea universal de todos los males que aquejan a la Armada española. Como si el ejército no padeciera los mismos males y no se rigiera por análogas leyes y reglamentos».

También da soluciones:

«Para realizar este desideratum nacional, se requiere tener una Marina militar bien organizada, y para tenerla y luchar con ella –aunque sólo sea virtualmente– por el dominio de mar que su situación geográfica le marca, hace falta, en primer término, que la nación se persuada de la necesidad que tiene de ser marítima, y que, por lo tanto, le reconozca a su Marina un objeto político, militar e internacional, así como industrial, comercial y científico, y en segundo término que comprenda que sólo con tener barcos no es nación marítima, sino que necesita tener industrias navales, tener comercio marítimo, tener gente de mar, lo mismo en las costas que en la Corte y lo mismo en la prensa que en los Ateneos y en el Parlamento, para que le inculque el espíritu de que carece».

El artículo se titulaba «España Marítima», nada más y nada menos, y continúa con las soluciones de Adolfo de Navarrete que más tarde le llevarán a la fundación de la Liga Naval para solucionar los males de la Marina del momento.

En la correspondencia de España aparecerá también un artículo firmado por Navarrete, del año 1899 en que ya habla de las Ligas marítimas (y así se titula), el resumen es ir a lo positivo y dejarse de lamentaciones, hay que ponerse manos a la obra: «A su sostén y engrandecimiento concurren por todos los medios de estímulo, concordia y unión imaginables, y por todos los medios de expansión, enseñanza y propaganda posibles, como conferencias, libros, folletos, revistas y periódicos, acudiendo también a los poderes públicos con razonadas exposiciones cuando las circunstancias lo exigen», dice al hablar de las ligas.

Para demostrar que la comparación en la prensa naval viene de lejos, y que hubo advertencias a lo que ahora son lamentos mientras que la prensa civil no se ocupaba del resto de Europa o de la situación de las colonias y, si lo hacía, era para frivolear sobre la capacidad moral que España tenía sobre ellas (les habíamos sacado de su idolatría, llevándoles a comportarse en sociedad como seres cristianos) existe, también en la *Revista General de Marina* un artículo titulado *Diario de Cádiz* donde se lee:

«No es la pérdida de las colonias lo que hay que mirar ya, sino la existencia nacional, nuestro porvenir, el desarrollo y custodia del comercio marítimo, la defensa de las islas que todavía poseemos, el prevenirnos contra una usurpación que en el momento menos pensado puede surgir, aun sin ser por nosotros provocada, y, más que todo esto, el afianzamiento de nuestra personalidad en el mundo, con alguna más consideración y prestigio que el concurso de las naciones otorga a China, Turquía...».

Se suceden los artículos en la *Revista General de Marina* y se siguen dando pruebas entre líneas de lo doloroso que resultaban los ataques a la institución:

«La risa no procede, porque se trata del honor, del dolor y de la muerte. El desprecio tampoco, porque los que os denigran con tales conceptos son españoles herma-

nos vuestros. Compadecerlos será lo mejor, y quedaos el triste consuelo de que, no solamente el enemigo, sino todos los marinos de todas las Escuadras de la tierra os han honrado, aplaudido y admirado. ¡Bien pobre consuelo es para los que, creyendo haber cumplido sus deberes, regresan a la patria!; pero como no hay otro, debe aceptarse!».

En la descripción de la llegada a Santander y Madrid de la escuadra de Cervera (o de sus restos) también podemos observar el amargor que dejaban las críticas de la prensa civil contra la institución:

«¿Merecen por tanto que se extreme la injusticia, no solamente a prescindir de citarlos, sino hasta proclamar que la Marina no hizo nada en Santiago?», para seguir diciendo:

«Por más que se diga, la opinión tiene ya hecha su composición de lugar en lo que a este combate naval se refiere. Es indudable que una parte de la opinión, la que se alimenta con datos de este origen, que no son los verdaderos, tendrá bien formada su composición de lugar. Pero todo lo que citamos, tanto de los servicios de las baterías como de la gloriosa participación de la Marina son hechos testimoniados con sangre y confirmados por el enemigo, contra tales testimonios son inútiles apasionados discursos».

Hasta dónde llegaría la cuestión, que alguna prensa civil se criticó a sí misma y se vio obligada a recoger velas; de este modo el *Siglo Futuro* decía:

«Se empezó por llamar una escuadra a los barcos de Cervera, que apenas constituían una división».

Y cuando la derrota ya era un hecho fue cuando se empezó a contar con la opinión de los profesionales: «No fijó nadie la atención, a pesar de haberse publicado en periódicos y atlas, en el número, tonelaje, artillería y velocidad de los acorazados y barcos de combate del enemigo [...]. Y esto a pesar de que algunos órganos de la prensa, siguen informando mal a sus lectores de los hechos de esta campaña y de los servicios de la Marina».

Se van sucediendo así críticas y lamentaciones, hasta que llega el punto final de manos de Gutiérrez Sobral y de la *Revista General de Marina* en marzo del 99, «cesen ya —dice— las lamentaciones, terminen los idilios y concluyan las disertaciones históricas, mal interpretadas las más de las veces, y debe cesar todo esto para ir adelante con la vista fija en las realidades de la vida».

Queda en el tintero y en las estanterías de las bibliotecas la emoción de Pascual Cervera a su llegada a España cuando tuvo que «justificar» la derrota, las fotografías dolorosas de los soldados heridos y hambrientos, el «ya no puedo más» de aquel Hurdisau que mantuvo la guardia hasta estar herido de muerte y un larguísimo etcétera que no es el momento de comentar ahora.

Para terminar, y como colofón necesario, quedémonos con la opinión de Federico de Madariaga expresada en el año posterior al conflicto en un articulito titulado «La prensa militar» publicado en *El Mundo de los Periódicos* del año 1898-99 y que no tiene desperdicio, en él se defiende la postura y la necesidad de la prensa militar frente a otra desconocedora de la situación:

«Se dirá que puede traer sus peligros eso de entregar al universal manoseo cosas que requieren cierto tacto y probada discreción para ser tratadas».

¡Ah! Pero de ese inconveniente, que lo es y muy grave, ¿qué asunto público se ve libre en estos días? ¿Cómo puede evitarse viniendo, por ejemplo, a palpitantes y dolorosas actualidades, que cada español, sobre todo si es madrileño, tenga su plan de campana y ejerza de Jomini? ¿Cómo impedir que el abogado, en su bufete, en su mostrador el hortera y el cochero en su pescante, libren tremendos combates después de magistrales movimientos de tropas que causarían asombro al Gran Estado Mayor prusiano por lo bien combinados y dirigidos? Precisamente aquí es donde la prensa militar puede prestar más grandes servicios. Frente a los Clawsewitz improvisados, que formulan planes salvadores y logísticas admirables, frente a los Moltkes por generación espontánea, que lo mismo aderezan una táctica que encuentran llano y fácil juzgar, debe operar el irreflexivo consejo y la verdad artística. En esta tarea no logrará desde el primer momento avasallar a los espíritus superficiales, muy dados a preferir las hierbas del curandero a las prescripciones del doctor, sobre todo si aquél encuentra amparo en las planas de anuncios y las letras de molde prestan aureola prestigiosa al reclamo interesado: pero poco a poco, las personas que no se dejan influir por arrogantes petulancias, irán formando una masa de opinión, sobre la cual el zapatero no tendrá autoridad sino cuando hable de remendar zapatos».